

A través del espejo

Una escena de Eurípides

Hugo Hiriart



Frederick Leighton, *Hércules luchando con la muerte por el cuerpo de Alceste*

Alceste de Eurípides empieza con un dios en escena. Es Apolo que, sin más ni más, nos plantea directamente el asunto de la obra. Qué lección de sencillez y libertad para nosotros, los ripiosos dramaturgos de hoy.

Apolo mató con su arco a los cíclopes (quienes fabricaron los rayos que lanza Zeus). Zeus, furioso, castigó a Apolo obligándolo a descender a la tierra y a trabajar un año como peón en el rancho de una persona llamada Admeto. Apolo obedece y cuida las vacas de este señor y come humildemente en la mesa de los asalariados. Pero Admeto se porta muy bien con el dios (de quien, obviamente, ignora la identidad). Apolo dice con modestia: “un santo como yo vino a topar con un hombre también santo”.

Ahora bien, se le anuncia a Admeto que va a morir. El dios decide ayudarlo y logra que no muera si consigue que alguien acep-

te voluntariamente morir en su lugar. Nadie acepta, “ni su padre ni su anciana madre ni ninguno de los suyos”. Nadie, excepto su esposa Alceste, ella acepta morir en su lugar.

Esto cuenta Apolo en el prólogo. La obra da comienzo cuando llega la muerte en busca de Alceste para llevarla a la morada o región de los muertos, que los antiguos llamaban Hades.

La primera escena de la obra es, entonces, un breve y curioso diálogo entre el dios Apolo y la muerte, Thánatos, personaje masculino, joven agraciado.

Ésta es la escena que vamos a transcribir comentándola un poco. He modificado los diálogos para que suenen cotidianos y comprensibles en el escenario, pero no he quitado ni añadido nada.

El arranque de Apolo no tiene desperdicio. Oigámoslo:

APOLO: No tengas miedo. Tengo mis razones y es legal que esté aquí.

(Pregunta: ¿a qué puede tenerle miedo la muerte?).

MUERTE: Si es legal lo que estás haciendo, ¿para qué quieres la metralleta?

APOLO: Yo siempre ando armado, es mi costumbre.

MUERTE: Ya sé. Y también ayudar ilegalmente a esta familia.

APOLO: Es que las desgracias de mi amigo Admeto me tienen abrumado.

MUERTE: ¿Me vas a intentar robar también este posible cadáver?

APOLO: El primero no te lo quité a la mala.

MUERTE: ¿Ah, no? ¿Y por qué anda por ahí y no está bajo tierra si ya le había llegado la hora?

(Los personajes de Eurípides discuten y discuten siempre como abogados y las esce-

nas tienen con frecuencia aire de caso jurídico).

APOLO: Ya sabes que hizo un cambio con su esposa, la que ahora vienes a buscar.

MUERTE: Sí, y voy a llevármela allá abajo, ténlo por seguro.

APOLO: Agárrala y vete, no creo que pueda convencerte...

MUERTE: ¿De qué? ¿De no matar a quien le ha llegado su hora? Es mi oficio, a eso me dedico.

(Heine le dijo a su esposa antes de morir: "Dios me va a perdonar, no te preocupes, ése es su oficio").

APOLO: No, no... convencerte de aplazar la muerte de los que están a punto de morir...

MUERTE: Entiendo lo que estás diciendo y entiendo tu preocupación.

APOLO: ¿No hay ninguna posibilidad de que Alcestris llegue a la vejez?

MUERTE: Ninguna. Piensa que a mí también me gusta que me rindan honores.

(Aquí se introduce un tema curioso: la vanidad de la muerte, ella también quiere premios y homenajes).

APOLO: De todas maneras, no es más que un alma lo que te llevas.

MUERTE: Me hacen más honores cuando los que mueren son jóvenes.

(Espantoso laconismo en medio de la ironía general).

APOLO: Aunque ella estuviera vieja sería enterrada con lujo y gran aparato.

(Cortejo interminable saliendo de Geyoso, infinito número de coronas, esquelas a cuarto de plana en los periódicos, mausoleo de mármol en panteón de lujo, eso es honrar a la muerte. La réplica de la muerte es muy buena).

MUERTE: Apolo, me estás proponiendo una ley que favorece a los ricos.

(Claro, porque si lo que cuenta es el lujo del entierro, todos los ricos morirían viejos. La contestación de Apolo es de las mejores del teatro antiguo).

APOLO: ¿Qué me estás diciendo? Caray, no me había dado cuenta de que eres un intelectual.

MUERTE: Te digo que los ricos podrían comprar el morirse viejos.

APOLO: Bueno, en resumidas cuentas, ¿me haces o no el favor que te pedí?

MUERTE: No, ya sabes cómo soy.

APOLO: Odioso a los mortales y abominable a los dioses.

MUERTE: No puede tenerse todo, y menos lo que no se debe.

(Hay algo burocrático en la muerte y al revés).

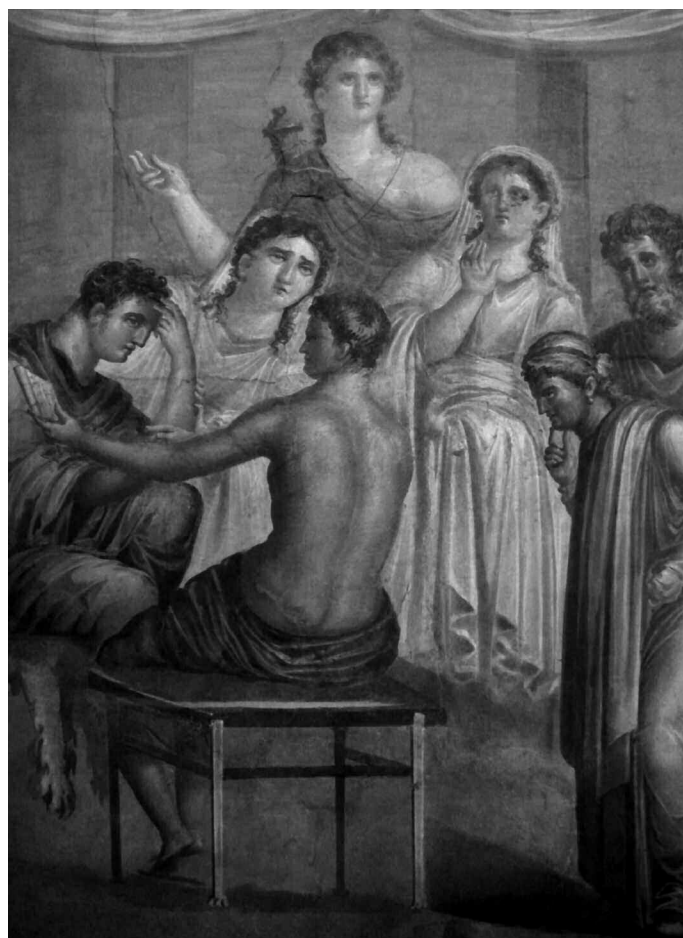
APOLO: Pues vas a tener que ceder, te lo aseguro, por inexorable que seas. Un hombre va a venir y va a ser huésped de esta casa, y ese hombre te va a arrebatar a la mujer que te llevas. Y tú vas a tener que aceptarlo... Y no vas a tener agradecimiento, sino mi odio de siempre... *(Vase Apolo, las últimas palabras las pronuncia al salir. El hombre que va a venir es Hércules, héroe que sacará del Hades a Alcestris).*

MUERTE: Así hables hasta ponerte morado, no vas a conseguir nada. Esta mujer va a bajar al Hades. Ya camino hacia ella a comenzar el sacrificio de la espada. Aquel a quien esta espada corte un cabello, sagrado es para los dioses del infierno.

Así arranca *Alcestris*, una de las obras más extrañas que se hayan escrito para el escenario, refinada, muy rara (no sabes ni a qué género pertenece) y enteramente fascinante. La belleza del gran teatro no está en grueso argumento, sino en los detalles, los pequeños detalles llenos de inventiva, talento y sabiduría. **U**



J.W. Waterhouse, *Apolo y Dafne*, 1908



Alcestris y Admeto, fresco romano en Pompeya, 45-79 d.C.